

De repente, el hombre pálido y vestido de negro, se levanta y se endereza detrás del arzobispo, y cogiéndole con la mano izquierda del brazo izquierdo que sostiene la cruz episcopal, hace dar con brusco movimiento una media vuelta al venerable anciano, y con la mano derecha blande una ancha daga. Dos solas personas aperciben este rápido movimiento y esta arma centelleante, una cobradora de sillas que grita espantada y retrocede por un sentimiento instintivo de conservación, y una piadosa señora de Ecouen, Mad. Meraud, que se precipita valerosamente sobre el brazo armado y alzado contra el arzobispo. El arma afilada le hiere ligeramente en la mano izquierda, obligándola el dolor á soltar el brazo del asesino, y libre éste para dirigir su golpe, hiere á monseñor, de alto á bajo en el costado izquierdo, en dirección al corazón y esgrimiendo el puñal homicida que ha sacado de la herida, clama: *¡No mas diosas! ¡Abajo las diosas!*

Todo esto acontece con la rapidez del relámpago. M. Surat, viendo herir al arzobispo, y pensando que el prelado ha recibido solamente un golpe de mano sacrilega, no puede dominar su indignación y dá un golpe en el rostro al individuo, el cual se tambalea repitiendo su inesplicable grito: *¡No mas diosas! ¡Abajo las diosas!*

Levántase en la iglesia un tumulto inesplicable; derribanse las sillas alrededor del teatro de la lucha; se ignora aun lo que pasa; unos creen que ha sido un accidente, otros claman: «han insultado al arzobispo.» M. Surat y M. Dufour se estrechan en torno de monseñor, tratando de tranquilizarle: vénle palidecer y se imaginan que es efecto de la emoción natural causada por un ultraje. Pero hay en los ojos del prelado una expresión de indecible dolor; aquellos ojos que se estinguen, parecen fijarse en el criminal, y sus labios murmuran: «¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Desdichado!» y súbito, su cuerpo que sostenía solamente el peso de la capa, se dobla violentamente hácia atrás y resuena cayendo en las losas.

Precipítanse sobre él, le levantan, le llevan á la sacristía, tratan de hacerle volver de lo que juzgan un vahido pasajero; pero el síncope persiste; se trae un colchon, se estiende en él el cuerpo y se llama un médico. Entonces es cuando aparece toda la horrible verdad; el médico ha levantado la capa y la estola y reconocido una ancha y profunda herida entre la quinta y la sexta costilla. Brota de ella la sangre en abundancia; los párpados del moribundo todavía se mueven, pero el pulso y la voz han desaparecido ya. El abate Surat da al prelado la absolución final; monseñor ha muerto.

Entre tanto, mientras se ignora aun en la iglesia el crimen horrible que acaba de cometerse, mientras que M. Borries, cura de San Estéban del Monte, trata de tranquilizar á los fieles, un asistente que ha comprendido lo que ha pasado, sujeta al asesino por el hombro, y un municipal le desarma y le aprisiona, conduciéndole por entre la multitud penetrada de horror al cuerpo de guardia de la alcaldía del duodécimo distrito.

M. Pietri, prefecto de policía, M. Cordoen, procurador imperial, el sustituto M. Moignon y el juez de instrucción M. Treillard, acuden allí á toda prisa y proceden al primer interrogatorio. El asesino es un hombre de mediana estatura, bastante delgado, pálido y de fisonomía bastante distinguida. Su frente es despejada, inteligente, poblada de cabellos castaños poco abundantes. Sus ojos de mirada fugaz no tienen expresión; su traje negro, es muy sencillo y limpio; su aire, el de un seminarista vestido de seglar.

Interrogado, responde con calma. Este hombre se llama Juan Luis Verger: su edad es de treinta y tres años, habiendo nacido en Neuilly del Sena, el 20 de agosto de 1826. Es un sacerdote á quien se ha suspendido en sus licencias.

—¿Por qué habeis cometido, se le pregunta, ese homicidio? ¿Teniais algun motivo de odio personal contra el señor Arzobispo?—No es la persona del arzobispo, responde, lo que he querido herir, sino en su persona el dogma de la Inmaculada Concepción.—¿Qué significa ese grito que habeis proferido: *No mas diosas, abajo las diosas?*—Quería protestar con él contra la Inmaculada Concepción, y contra la cofradía de Santa Genoveva.

Por lo demás, el asesino confiesa que ha premeditado su crimen, que ha venido á la iglesia de San Estéban del Monte con intención decidida de matar al prelado. Y da sobre este horrible acto pormenores circunstanciados con tal serenidad, que induce á dudar si comprende la enormidad de su acto.

Se le pregunta si ha hecho muchas heridas á monseñor Sibour: No, una sola, contesta: le herí en el corazón; sabía que el golpe era mortal.

Sin embargo, por un momento, y al terminar el interrogatorio, como se le represente lo enorme de semejante crimen, parece comprenderlo y esclama: *¡Sí, es horrible!*

Conducido á la prision de Mazas, Verger recobra en breve su serenidad.—¿Quereis darme de comer? dice; estoy en ayunas desde esta mañana.—¿Por qué no habeis comido?—Porque no queria que me temblara la mano.—¿Cómo habeis podido, siendo sacerdote, cometer semejante atentado?—La falta está en el celibato de los clérigos. ¿Por qué no quereis que los clérigos se casen como los demás hombres?

¿Es un loco? ¿Es un fanático? Todavía se duda. Un loco; pero escepto algunos momentos de exaltación que se producen sobre ciertas ideas, sus pensamientos son claros y lógicos. Un fanático, pero bajo cuestiones de dogma, bajo divagaciones impías, se revela á cada instante una irritación profunda causada por motivos de interés personal y de vanidad ajada. Comienza la instrucción y recoge sobre Verger noticias numerosas que arrojan alguna luz sobre sus palabras y sus actos.

Hijo de un sastre de Neuilly del Sena, Verger recibió los primeros rudimentos de instrucción de un tal Jacquemot, maestro de la escuela de enseñanza mútua de Neuilly. Desde muy temprano se hizo notar por sus disposiciones naturales para el estudio y por